

www.elboomeran.com

JOSÉ MARÍA CONGET
LA MUJER QUE VIGILA
LOS VERMEER

PRE-TEXTOS CONTEMPORÁNEA



Impreso en papel FSC® proveniente de bosques bien gestionados y otras fuentes controladas

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar, escanear o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra.

Primera edición: enero de 2013

Diseño de la colección: Andrés Trapiello y Alfonso Meléndez
Imagen de la cubierta: © Miguel Conget

© José María Conget, 2013

© de la presente edición:

PRE-TEXTOS, 2013

Luis Santángel, 10

46005 Valencia

www.pre-textos.com

IMPRESO EN ESPAÑA/PRINTED IN SPAIN

ISBN: 978-84-15576-38-9 • DEPOSITO LEGAL: V-56-2013

ADVANTIA, S.A. TEL. 91 471 71 00

SUAVES LADERAS

Dio un portazo y fue como si el ruido lo despertase de un sueño para abandonarlo en una cotidianidad que perteneciera a otra persona. Por un momento no reconoció la salida del *mews* hacia el parquecito de Brook Green que encaminaba a la estación de Hammersmith, no reconoció las escaleras de su vivienda ni el capó del Bentley que asomaba desde el *parking* improvisado, no reconoció al niño de cinco años que lo miraba atónito con el chaquetón en la mano y que le dijo mamá está llorando. ¿Qué hago aquí?, pensó. Yo estaba, pensó, en Salamanca, ¿no?, había quedado en el bar Tío Vivo con Elena, sustituía al cátedro de Hispanoamericana. Qué hago aquí, quién me ha traído, pensó. Miró al niño como si lo viera por primera vez. Mamá está llorando, repitió Carlos. Se llamaba Carlos, era su hijo. Había cerrado la puerta de su casa con voluntaria violencia y despertaba en una pesadilla gris que no era pesadilla sino el futuro realizado que él no deseó, o sí deseó y, como en algunos cuentos infantiles y tragedias griegas, los dioses lo castigaron otorgándole su cumplimiento. Cogió el chaquetón del niño. Le ayudó a ponérselo. Mamá no llora, es un juego, le dijo. Carlos lo miró dubitativo, pues yo no quiero jugar a ese juego, es muy triste. Nosotros jugaremos a cosas graciosas, dijo, dame la mano para bajar las escaleras. Desde la claraboya de la cocina de los Fitzroy se expandía el olor dominical a beicon frito con mantequilla y él reprimió unas

basas. Los Fitzroy dispensaban una cordialidad de buenos vecinos digna de los americanos buenos de los telefilms y no de la fría cortesía local, les invitaban a pastel de ruibarbo en el jardín trasero comunal, se ofrecían a ayudarles a reconvertir el desván en lustroso *loft*, comentaban con sensatez implacable el libro del mes de su club de lectura, sus niños iban al mismo cole que Carlangas y no se perdían una reunión de la asociación de padres con *tea and biscuits*, y el conjunto de tanta bonhomía se le atragantaba como una masa asfixiante y viscosa de amabilidad. Dentro, indiferente al beicon con mantequilla y *porridge* si te descuidas, Luisa se habría tumbado de bruces sobre la cama sin hacer y sollozaría el malentendimiento perpetuo con su marido. Imaginar el desolador cuadro que tantas veces había presenciado le hizo segregar una bilis insolidaria. Yo estaba, pensó, en plena juventud y quién me ha traído a los cuarenta años y a estos arrabales de insatisfacción, esta náusea que sólo se resuelve en más náusea. Es un juego, de verdad, ahora seguro que se está riendo porque te ha engañado, dijo, anda, cuidado con el escalón grande, salta, muy bien, caminaron desde la salida del *mews* hacia la confluencia con Shepherd's Bush y se dirigieron a la boca del metro. ¿Es un parque muy bonito?, preguntó el niño. Es precioso, ya verás, con mucha hierba y unas laderas suaves, suaves para tirarnos rodando, dijo, cuando mamá y yo vinimos por primera vez a esta ciudad nos abrazábamos en lo alto y nos lanzábamos como una rueda humana, y sintió un retortijón en las vísceras donde se mezclaban la congoja, la ira y los lentos ultrajes del tiempo. Yo no os he visto nunca hacer eso, apostilló el chico. No, claro, fue antes de que tú nacieras, mucho antes, dijo, ya no hacemos esas cosas. Carlos daba pasitos rápidos con aire pensativo. A lo mejor me da miedo, papi, advirtió el chaval. Qué va, le tranquilizó él. ¿Pero y si me da miedo?, insistió Car-

langas. Pues no te tiras y en paz, cortó mientras estudiaba un segundo el plano del metro para asegurarse de que deberían cambiar en Saint Pancras, ¿o en King's Cross?, y tomar luego la línea negra, la norte, pero en la bifurcación que asciende a Edgware, tantos años y aún se equivocaba. Tenía que haber cogido el coche como hacía cada mañana para ir al trabajo a pesar de que la Metropolitan le habría depositado sin trasbordo en Baker Street y desde allí un paseíto hasta la Oficina Comercial. Y mañana más, pensó. Otro día de trabajo imbécil para un jefe más imbécil todavía que a estas horas llevará un chándal ridículo para hacer como que hace deporte por Hyde Park, y mañana más y al otro y al otro hasta que aprovechemos por fin el *week-end* para una buena bronca de órdago de las que mientras riegan las plantas oirán todos los vecinos pero pondrán su cara de discretos los Fitzroy y demás propietarios de adosados del selecto *mews* que alberga nuestro tedio, pensó, pero no tedio, al revés, estupendas juergas de insultos de los que a veces cuelgan aún aquellas antiguas palabras de amor *sencilles i tendres*, pensó, dios mío, desbarro. ¿Y si me da miedo no me reñirás?, sufría Carlos. Cómo te voy a reñir, campeón, dijo él. Pero lo malo es que no soy campeón, papi, aseguró, realista, el niño, ¿y si me da miedo? Nunca digas por estas tierras que hay poco amor y mucho miedo siempre, quién escribió eso, qué exacto, no debe importar el miedo y el nulo amor si uno escribe un par de versos tan verdaderos, pensó, ya veremos, no te preocupes, sólo vamos a pasarlo bien, le confirmó a su hijo que lo observaba cuando se acercaban a la otra boca del metro con una mirada de inquietud razonable, aquel careto de papá no invitaba a creer lo bien que se lo iban a pasar.

Qué diferencia estas calles vacías de domingo con el ajetreo de estudiantes extranjeros que acuden a las clases de Hammersmith para obtener el relumbrón de los certifica-

dos imperiales, el *first* y luego el *proficiency*. Hoy sólo parecía vivo, pero quizá no, el paki de la frutería de la esquina de Fulham contemplando sus plátanos con hastío insondable, ¿hay algo más semejante al limbo que un domingo inglés? Anoche se había despertado con frío a eso de las tres de la madrugada. Una brisa destemplada agitaba la cortina del dormitorio, habían dejado una ventana sin cerrar del todo como si uno pudiera fiarse de las primaveras londinenses. Sintió rebullirse y gemir entre sueños a Luisa y se incorporó a bajar la guillotina. Oyó los ruidos de la calle y permaneció sentado sobre la almohada y prestando atención a lo que juzgaba el misterio de los lugares donde no estaba él, siempre le habían conmocionado los sonidos nocturnos: los deditos de la lluvia sobre los tejados, el frenazo de algún camión impaciente frente al semáforo rojo, el chasquido de los fallos de las luces intermitentes del hotel de la esquina, las callejeras voces perdidas, un hombre que pasaba silbando, cómo le habría gustado ser ese hombre que silbaba en la noche sin rumbo fijo. Y se acordó de la discusión que horas antes había abortado los poco convincentes preámbulos del amor y que esta mañana había conseguido agriar el café con leche y enmohecer las tostadas. Cerró la ventana por completo y la noche había desaparecido. Vale, tú enseñas tu billete, hijo, pero me lo das luego, no hay que perderlo, sabes, dijo. ¿Éste es un tren largo largo que va al país de las Tortugas Ninja?, preguntó el niño. No tan lejos, dijo, las Tortugas Ninja viven en Nueva York, algún día iremos y te harás amigo suyo. La mejor es Leonardo, ¿verdad, papá?, se animó Carlos. Sí, no sé, dame la mano, sube al vagón, dijo. Bueno, Donatello también lucha muy bien, ¿o no?, ya veremos en el parque, las pondremos a luchar y a ver, siguió el niño. A ver, dijo él, ¿te llevo la mochila?, pesa, claro, con todas esas tortugas, quítate el chaquetón, aquí hace calor. Había una antigua melo-

día de *music-hall* cuya letra enumeraba todas las estaciones de la línea Metropolitan, ¿no era la más antigua del metro de la ciudad, del mundo? Mira, ahora pasaremos por donde viven los primos de Shirley y después de la siguiente parada te enseñaré la casa de tu amigo Miguel, a lo mejor está afuera, en la calle, con sus papás, y lo vemos y lo saludas así con la mano, ¿vale?, le propuso. Vale, asintió Carlos sin el menor entusiasmo. Pero luego nos meteremos por esos túneles, se le ocurrió de pronto. Claro, dijo él, es un tren subterráneo, iremos por debajo de los pies de la gente, fíjate qué divertido. No me dará miedo, aseguró sin convicción Carlos. Nunca te ha dado miedo, le mintió. ¿Y rodar por la hierba del parque, qué?, preguntó el niño. Pero Carlos, otra vez con ésas, pues no te echas a rodar, era una idea y no hay ninguna obligación, dijo. Entonces para qué vamos si eso era lo más gracioso y total nada, me podía haber quedado con mamá, gruñó el chico. Pero mamá estaba llorando, se exasperó. Pero era de mentirijillas, tú me has dicho que jugaba a llorar pero no lloraba de verdad, machacó el niño. Por dios, dijo él, y clavó la mirada en la rápida oscuridad que los aproximaba a Paddington.

Se acordó del comienzo de aquella novela famosa, ¿en qué momento se jodió el Perú?, y sí, en qué momento se jodió tu vida, chaval, pensó, tú que por emulación ridícula te proponías dar un sentido más puro a las palabras de la tribu, uf, cómo se puede ser inteligente y aspirar a esa petulancia, pero cómo se puede ser inteligente y traicionar lo que de genuino había en aquella inocencia a cambio de un destino sobre alfombras mullidas que si de algo han servido será para que alguna administrativa se abra de piernas sin que le dueñan los riñones. Pero tú elegiste este destino de subsecretarios y viceconsejeros y coordinadores y el jueves todos firmes que viene de Madrid el ministro. *Mind the gap*, advirtió el

altavoz. Aquí cambiamos, Carlangas, le dijo. Se colgó la mochila del hombro izquierdo, con una mano sujetó el chaquetón del hijo y con la otra le apretó el puño cerrado con que el niño solía indicar su disgusto. Cuidado, salta, eso es lo que significa *mind the gap*, que hay un hueco, pero tú saltas muy bien, elogió con hipocresía paterna. Sé lo que quiere decir *mind the gap*, le cortó Carlos. Miró los indicadores y se dirigió a la conexión correspondiente, ahora unas escaleras mecánicas, ¿ves?, ponte a un lado para que pasen los que tienen prisa. Luisa se habría quedado dormida también con los puños cerrados igual que su hijo cuando se enfadaba. Le gustaría experimentar compasión por ella y le gustaría culpabilizarla de todas las malas elecciones de su vida. Se sabía incapaz de ambas cosas. Ella le irritaba y le irritaba con consciente arbitrariedad porque sólo él había decidido todos los cómodos rumbos equivocados. Ahora más le valía no dejarse arrastrar en medio de las gentes que llenaban el andén y debían subir al mercadillo de Camden. ¿O Camden estaba detrás de? La manía de coger el coche para todo y por tanto desconocer los trayectos del metro. Preguntó. Las dos ramas de la Northern pasaban por Camden, pero él tenía que coger, recordó, la que terminaba en Edgware. Esto es feo, papi, me habías dicho que el parque era bonito, protestó Carlos. Esto es el metro y no el parque, no seas impaciente, respondió. Lo tomó en brazos para subir al vagón sin que lo pisaran los adultos. Cuando se jodió tu vida, pensó, ¿cuando aceptaste un puesto en Londres, pasaporte de servicios, un Bentley con matrícula diplomática y libre de impuestos? O mucho antes, sin darte cuenta de que cruzabas un umbral sin retorno, no hay umbrales con retorno en esta vida, no se sabe cuál es la esquina del tiempo decisiva, una tarde en la que te hipnotizó el vuelo de los vencejos en una plaza del sur, el verano en que renunciaste a las sandalias a favor de los moca-

sines, o saliendo de un bar de San Sebastián cruzó una muchacha su mirada con la tuya y no tuviste el coraje de volver a la barra y entre cerveza y cerveza decirle esta noche quédate conmigo. Cuándo se jodió tu vida, no lo sabes, pensó, no es culpa de Luisa ni de las conexiones de su padre ni de haber engendrado un hijo que no te apetecía ni de tu pereza, o tal vez sí, la primera noche en que abandonaste un poema que se atascaba y repetiste aquello de que escribir versos se parece al vicio solitario, o cuando mandaste al carajo tu tesis sobre el paso de la novela indigenista a la novela urbana en la literatura andina porque a quién coño le importaba esa paja trascendental y el dinero estaba en otra parte y follaste a Luisa entre los anaqueles de la biblioteca de Filosofía y pensaste, piensas, que la vida estaba igualmente en otra parte donde ahora estás con nostalgia aberrante de la vida entre libros cuando deseabas esta vida de despachos alfombrados en vez de. Papá, me hago pis, papá, cuánto falta que me hago pis, susurró Carlos. O sea la realidad real de Carlos que es tu hijo y se hará pis en el metro si no llegamos pronto, pensó, pero sí, Hampstead, por fin, aguanta un poco, Carlangas, ya salimos, no te hagas en el pantalón, cruza las piernas, cuándo se te jodió la vida, piensas, mira, en ese rincón, nadie te verá, yo te tapo.

La luz de la mañana le pareció más hermosa al salir del metro, y más amarga. A veces mayo no traiciona ni siquiera en las tierras de la Pérfida y sobraba el chaquetón del chico y su americana. No era cierto que, según creía recordar, Hampstead Heath, su parque favorito, tan favorito que no lo visitaba desde hacía años, se extendía justo a la boca de la estación, ¿o habría otra más próxima? Pero le encantaban aquellas callejas con casitas que recordaban alguna ciudad de provincias, Bath, por ejemplo, aunque él no se acordaba de cómo era Bath, ¿o Bristol?, qué más daba. Por ahí debía

de estar la casa donde Keats escuchó el canto del ruiseñor –*tender is the night*– y Freud pasó sus últimos meses estoicos en los que pronosticó, con cuánta razón, la inevitable infelicidad de los hombres. Jo, papá, aquí no hay parque, se quejó Carlos. Su padre rebuscó en la mochila hasta dar con una chocolatina Jamaica que la previsión de Luisa habría colocado allí entre lágrimas, y esta vez sí le conmovió la rara capacidad de la mujer, ¿de las mujeres?, para tener en cuenta un posible capricho del hijo aun en medio de un sofocón, quizá ya se le habría pasado o estaría a merced de los efectos de un valium o lamentaría no haber sido ella la que se fuera a pasear con el niño y pensaría cuándo se jodió mi vida igual que tú piensas, pensó, cuándo se jodió la tuya. Subimos por estas calles tan bonitas que bordean el parque y así nos encontraremos en la parte más alta desde donde veremos un lago con patos y hay montones de ardillas y unos senderos con muchos árboles y matojos que haremos que son la selva, ¿quieres?, trató de provocar cierto encandilamiento. Bueno, aceptó Carlos dando bocaditos prudentes a la chocolatina para que durara más. ¿Este es el chocolate de los piratas?, preguntó. Por supuesto, dijo, fijate en el barco del envoltorio y además sabe un poquito a ron que ya sabes que es la bebida de todos los corsarios de la isla de la Tortuga, ¿te acuerdas de la canción de la peli?, e intentó reproducirla sin encontrar el tono. *Bless my soul!*, dijo el niño. Ésa es la peli, ron ron ron, la botella de ron, canturreó desafinando, habían visto mil veces el vídeo de *La isla del tesoro* con Wallace Beery y un Jim regordete exclamando a cada instante *bless my soul!* El pirata cojo, dijo Carlangas, cómo se llamaba. Long John Silver, aclaró el padre. Ése, el pirata cojo es malo pero es bueno pero es malo, nunca lo entiendo bien, reflexionó el niño. A las personas les pasa eso aun sin ser piratas, dijo, pero ya lo entenderás, o no, yo todavía tengo mis dudas. No es verdad,

mamá es buena y, por ejemplo, el malo de las Tortugas Ninja es malo, argumentó Carlos. Sí, dijo, pero mira tu amigo Miguel qué amigo tuyo es y todo y qué putadas te hace y tú a él no digamos, cuando le rompiste adrede el muñeco de Skeleton, o sea que eres bueno pero a veces, ya ves, en fin, que es complicado. No se dice putadas, le riñó el chico. Pues eso mismo, no se dice pero lo digo y me sabría mal que lo dijeras tú porque todo es así de retorcido, perdona, hijo, dijo. No entiendo nada, repitió Carlos. Yo tampoco, reconoció su padre. Creía recordar que si seguían cuesta arriba llegarían a una Carretera de los Españoles, no solía memorizar los nombres pero aquél lo había fijado por razones obvias, y desde allí había varias entradas al parque. Recorrían ahora una calle con verja a la derecha que separaba la calzada de unas viviendas a un nivel más bajo, con ventanales amplios que permitían seguir la actividad de sus ocupantes si no habían corrido las cortinas. Vio distraídamente una mesa con los restos del desayuno, los empapelados agobiantes de cuartos de estar británicos con moquetas de colores indefinidos, pero en general estas casas tenían más empaque que las de su barrio. Y de pronto se detuvo frente a unas cristaleras despejadas que enmarcaban un cuarto amplio y de techos altos, paredes forradas de libros, una reproducción (no podía ser un original) de Hockney en un costado, y en la parte más luminosa una mesa de trabajo cubierta de papeles, el ordenador y una incongruente máquina de escribir de las que ya nadie usa, y concentrada sobre un cuaderno en el que anotaba palabras sueltas, con un libro abierto sobre un pequeño atril y otro a su izquierda, una señora probablemente cincuentona, de pelo gris, expresión de atenta inteligencia, gafas subidas hasta la frente y un aura, un humo invisible, un halo secreto de serenidad, de estar haciendo lo que le gustaba hacer y tenía que hacer y era importante y hermoso para ella. ¿Por

qué nos hemos parado, papi?, preguntó Carlangas. No podría responder. Sentía la dicha vicaria de la placidez en la vocación que pudo haber sido suya, y enseguida la envidia y el remordimiento por los años desperdiciados, las recepciones de estirada opulencia en Sloane Square, el esfuerzo estéril, el amor quebradizo y a la larga humillante, el pobre hijo que le instaba a llegar al parque porque a lo mejor se atrevía a tirarse rodando por la ladera después de todo y con el que siguió caminando de la mano con acíbar en las venas, mientras la señora abría un fichero, consultaba unos datos, tomaba nota y sonreía.

Se sonrió la profesora al ratificar que el doctor Brandon reproducía la carta de Auden que ella había localizado pero no citaba la fuente, "... cierto *scholar* tuvo la fortuna de aliarse con el azar cuando...", cierto *scholar* con quien él hablaba todos los días a las ocho de la mañana en punto y cuyo único mérito, por lo visto, se ajustaba a su capacidad de hacerse cómplice del azar, qué miserable sin remedio el bueno del doctor Brandon. Estrujó el artículo de Brandon, rompió la ficha, cerró el archivador y notó que la sonrisa sarcástica se le agrietaba en la mueca habitual de fatiga. En último término, qué añadía al conocimiento universal, ni siquiera al prescindible conocimiento de la evolución de la amistad entre Isherwood y Auden una carta recobrada con reproches indignos de cualquiera de los dos escritores. Le asustaba la reiterada debilidad de cuestionarse lo que había constituido el auténtico entramado de su vida. En el pequeño mueble estantería, justo debajo de la reproducción de Hockney, se ordenaban los volúmenes, separatas, cartapacios que habían establecido una reputación que la remitía, como un paquete, al congreso de Oregón sobre los poetas lakistas y a la semana del M.L.A. que dilucidaría las consecuencias de los exilios de posguerras en las letras anglosajonas, esos seminarios

donde la vieja práctica del *do ut des* se ejerce para fomentar el turismo de los académicos y las posibilidades, entre los más jóvenes, de un polvo gratuito y olvidable hasta el próximo simposio en torno a la influencia de la novela gótica en las novelas de Jane Austen. Debía agradecer a los paseos intelectuales por el jardín de Academos la lucidez suficiente –sonaba mejor que el término pudor– para percatarse de que las musas le guardaban mucho menos respeto que ese benévolo azar que le atribuía su colega el doctor Brandon. *Cold Fire* fue su primer y último poemario y todavía lo evocaba con escalofrío y sonrojo para serle fiel al título. Pero no le convenía dejarse arrastrar por esa negatividad, todo el mundo estaba de acuerdo en que había alcanzado el techo de su profesión, siempre había disfrutado con su trabajo, qué diablos le pasaba últimamente, demasiado trasiego con Larkin tal vez, ese racista y reaccionario que metía el dedo en el ojo de las falsas ilusiones. Inmediatamente se enfureció consigo misma, hasta un desánimo volandero lo atribuía a la lectura de los poetas en los que trabajaba. No deja de ser pintoresco, pensó, que “trabajemos en alguien” como un minero en carbón o en cobre, nosotros los *scholars* trabajamos, por ejemplo, en Emily Dickinson, la excavamos, perforamos, exploramos, analizamos, purificamos, comercializamos, eso no, comercializar no, somos puros, nos dedicamos a la parte más desinteresada de la literatura, pensó, por eso no cobramos y se echó a reír recordando su reciente y abultado aumento de sueldo, ah, claro, el desinterés de las humanidades, el noble trabajo de la investigación, no policíaca, no científica, la investigación más noble porque es la más inútil, y volvió a reírse a solas y de pronto se quedó seria mirando sus ficheros, los lomos donde figuraba su nombre, qué me pasa, pensó, pero qué mierda me está pasando. La edad, bueno, qué me dijo la ginecóloga sobre la depresión típica

de, bah, las pastillas de soja, bah, pensó. ¿Y si dejara todo por hoy y diera un paseo por el parque? A primera hora había salido a comprar *The Guardian* y hacía fresco pero ahora brillaba el sol en la acera de enfrente y las familias dirigían hacia Hampstead Heath su fastidio del día del Señor que a lo mejor no era fastidio sino que de verdad sus sonrisas respondían a una elemental sensación de bienestar por la luz de la mañana y por no tener que engancharse al mostrador o a la oficina.

En ese momento sonó el teléfono. Dudó antes de responder. Eras tú, me lo temía, dijo. Escuchó la risa nerviosa de Brandon, ya has leído mi artículo y te ha molestado que no cite tu nombre, dijo el colega, no estaba segura de si lo afirmaba o lo preguntaba. Lo he leído y no me ha molestado, habría sido una gran decepción que hubieras mencionado la fuente, como si traicionaras por una vez nuestras peores expectativas que se cumplen con precisión matemática, no, por favor, sé tú mismo, creo que era uno de los principios de los siete sabios de Grecia, dijo. *Nozί seautón*, murmuró Brandon. ¿Cómo?, inquirió la profesora. Conócete a ti mismo, en griego, no es sé tú mismo sino conócete a ti mismo, le aclaró, ella admiraba en el fondo la capacidad de su amigo para sorprenderla siempre con una pomposidad insólita. Se acordó con estupor, con rabia retrospectiva, de que hubo un tiempo en que hicieron el amor juntos, si es que se puede aplicar esa expresión al patético aguachirle que consumaba el efímero deseo del erudito. Rechazó esos flecos sucios de memoria como quien aparta a una mosca. El doctor Brandon llevaba tres minutos perorando sobre la necesidad estratégica de no mencionar su nombre en ese *paper* concreto, si quieres nos vemos en tu casa, me invitas a un expreso y te lo explico bien, sugirió. No, mira, Michael, déjalo, o si quieres no hablamos de eso y me acompañas al *heath*, me estaba

apeteciendo aprovechar el buen tiempo, se hizo un silencio, el egoísmo de Michael Brandon Ph. D. sopesaba las ventajas e inconvenientes de ese paseo al aire libre. De acuerdo, dijo por fin, nos hará bien salir de nuestras cuevas de sabios y ver cómo pasan su día de fiesta las gentes sencillas, engoló la voz para que no le tomara en serio la estupidez que muy en serio opinaba. Nos encontramos, pues, en la entrada norte, por la Spaniards Road, propuso la profesora superando el enojo que le generaba la mofa falsa de la verdadera soberbia de su colega. Colgó. Su amigo más antiguo era fatuo, cobarde, rácano, ¿por qué lo toleraba?, ¿porque se había acostumbrado a la rutina de preguntarse recién despiertos cómo habían pasado la noche, porque quería creer que, a su manera narcisista y ruin, algo la quería y no le quedaba tanta gente que la quisiera? La profesora se quitó la blusa abolsada con la que tenía la manía de trabajar y se puso una chaqueta azul de punto, unos zapatos planos, metió las gafas en su estuche. Escogió dos manzanas Fuji del frutero, las guardó en una mochilita floreada. Abrió la puerta y el sol le dio en el rostro con tal pureza que le hizo daño. Se enfrentó a la cuesta a buen paso, la ligereza de su caminar no había cambiado con las muchas tonterías –así le gustaba considerarlas– de la menopausia interminable.

Vio al doctor Brandon desde lejos. Llevaba la chaqueta de *tweed* con coderas que, con ingenuidad que alguna vez conmovió a la profesora, él identificaba con su condición de *scholar* maduro pero liberal y moderno y con la que pronunciaba sus ponencias una vez que estaba seguro de que entre la audiencia no había muchos que le conocían ya el atuendo. ¿No acababa de regresar del seminario que había organizado la Universidad de Manchester en torno a los Nuevos Humanismos? Volvía triunfador y jactancioso, se lo leía en la sonrisa –¿hay sonrisas pedantes?, la de Michael lo era–

de primero de la clase que acaba de recibir el diploma que le certifica su categoría. Se saludaron con un amago de beso en la mejilla –ponían un riguroso escrúpulo en que el beso real no se produjera– y tomaron el sendero que se abría hacia el sur del parque. Ya sabes que estuve en Manchester, muchos recuerdos de Murphy y también me preguntó por ti la pelirroja esa que enseña en Edimburgo, cómo se llama, se acordaba perfectamente de que se llamaba Tess McGlister, pensó ella, pero formaba parte de una extraña manía de Brandon para encauzar la conversación hacia lo que le interesaba. Hay miles de pelirrojas en Edimburgo, Michael, le dijo. Pero querida, una pelirroja que está trabajando en los nuevos formalismos y que colaboró contigo en aquel libro colectivo sobre qué era, Brooke y Spender y todos esos poetas que iban a las guerras, añadió con estudiada vaguedad, hay sólo una pelirroja como esa pelirroja de Edimburgo, insistió. La profesora suspiró, no recuerdo su nombre, le mintió, no se rendiría a sus vericuetos conversacionales, y qué más da, ¿no?, me doy por saludada. El doctor Brandon la miró de reojo, no me puedo creer que sigues ofendida por la cita de la carta, ya sabes, insinuó. La carta de uno de esos escritores que les dio por vivir en Berlín entre dos guerras, sí, sé a qué te refieres, y no estoy ofendida, te he tranquilizado por teléfono, sólo cansada, se calló y meditó unos segundos, luego continuó, cansada de mis clases, no, de los alumnos tal vez no, pero cansada de las intrigas de la facultad, de mis libros, de mi prestigio, porque algún prestigio tengo, igual lo reconoces (el doctor Brandon hizo con los brazos un gesto ambiguo que significaba que sí, que mucho, un prestigio enorme que en el fondo él envidiaba, y también su gesto traducía, sin pretenderlo, esa envidia secreta), o a lo mejor es que he perdido el sentido de lo que hacemos, de esta profesión que amé tanto y ahora me deja fría. El doctor señaló un banquito

sobre la loma desde la que se veía, al fondo, Londres como un emblema de torres soleadas. La profesora creyó que por un instante había conmovido a su amigo. Sí, me deja fría, repitió. Se hizo una breve pausa. Ella abrió la mochilita y le dio una manzana al colega. Son Fuji, de las que a ti te gustan. Brandon mordió la fruta y la profesora no pudo por menos de evocar la fruta prohibida de la intimidad, de un diálogo que excepcionalmente no redundaría en los conflictos del departamento o la tesis que estaba dirigiendo Michael y que no le convencía nada, pero nada, nada, demasiado convencional. El doctor masticó plácidamente, tragó, luego se decidió a soltar el bombazo, ¿sabes?, estaba Bloom, escuchó mi *paper* sobre narratología y postmodernidad, me felicitó durante la cena. La profesora lamentó no tener a mano un alfiler, de hecho rebuscó entre los pliegues de su mochila, para pinchar las carnes fofas de su compañero y comprobar de una vez por todas que no brotaría sangre sino asteriscos que remitían a la letra pequeña a pie de cuerpo. Te felicitó Bloom, estupendo, Michael, ¿pero follaste?, le espetó de pronto. Brandon se sonrojó. Pero, pero, pero, desde cuándo te has vuelto tan vulgar, murmuró. ¿Me he vuelto?, no es cierto, le respondió, hace años que te pregunté lo mismo cuando me dijiste que habías conocido a Leavis en los cursos de verano de Yale, ¿follaste?, te pregunté, y la respuesta fue la misma que me darías hoy si tu orgullo te permitiera responderme, o sea, no, así que no me cuentes nada más. Pero, pero, increíble, no me lo puedo creer, siguió musitando el erudito. ¿O es que a estos congresos se va de verdad a otra cosa que a follar, si se puede, y si no, al menos, prosiguió, a tratar de que en el escalafón invisible de la Modern Linguistic Association te asciendan un par de peldaños que favorezcan una invitación en el otoño a Berkeley y allí, seguro, allí se folla, es tradición más consagrada que los estudios fi-

lógicos de los discursos de Cicerón. Un grupo de adolescentes uniformados del Arsenal o del Chelsea, ella no distinguía los equipos, descendía corriendo por el sendero. Detrás, un hombre protegía a su hijo pequeño de los posibles empujones de los futbolistas, a ella le pareció que padre e hijo hablaban en español o italiano. Perdona, Michael, no me siento bien, se excusó, ya sabes, la menopausia y rarezas de las mujeres, claro que me alegro de que Bloom te felicite (aunque fuera, pensó, un elogio general a los ponentes, conocía ella muy bien el estilo). El doctor no conseguía arrancarse del rostro la expresión de amor propio mancillado. Estuvieron en silencio durante unos minutos mientras Brandon terminó de comer su manzana con parsimoniosa dignidad. Será mejor que no sigamos juntos el día de hoy, dijo tragando el último bocado, pero para que veas que disculpo tu destemplanza te dejo mi artículo, ya me dirás si te parece tan interesante como a Bloom, y con ese inofensivo sarcasmo se sacó del bolsillo de la chaqueta unos folios doblados y se los entregó a la profesora, que tengas un buen día, se despidió. Avanzó unos pasos y se volvió, puedes darme tu opinión mañana cuando hablemos por teléfono, si no te importa, dijo, esta tarde es que voy al *party* del departamento de francés.

La profesora desdobló los folios, que comenzaban con una cita, casualmente, de Bloom. Quiso leerlos pero no entendía el inglés, era como si de repente hubiera perdido la técnica elemental de la lectura en su propio idioma. Una angustia inconcreta le rondaba el pecho. La figura de su amigo desapareció por encima del altozano. Volvió los ojos al ensayo, hizo un esfuerzo por leer, por comprender. Escuchó entonces una voz infantil. A unos metros de su banco estaban el hombre y el niño italianos o españoles que había visto antes. El niño parecía disgustado, se negaba a algo con la cabeza. Pero no, vio que el padre se agachaba y lo abrazaba, se

tumbaban los dos en la hierba y luego, con cuidado el adulto de no dejar que su peso aplastara al chico, se lanzaron rodando suavemente por la ladera. Y la profesora sintió que nunca había envidiado nada ni a nadie como a ese hombre que había desaparecido ya de su campo visual y que dentro de un rato le contaría a su mujer, si el niño no interrumpía, porque seguro que deseaba adelantar primero su versión, la experiencia inolvidable de dejarse rodar por las laderas de Hampstead Heath. La angustia que flotaba por el plexus solar de la profesora se había transformado en una cuchilla afilada de nostalgia dolorosa por la vida que no había vivido, los hijos que no tuvo, el amor que no conservó, la accesible –y ya imposible– felicidad de pasear un domingo de primavera por el parque con alguien que no presumiera de sus triunfos profesionales, la belleza simple de la vida y su modesto fluir que ella se había limitado a analizar en los poemas de su disciplina. Recordó sus fichas con tristeza. Volvió a mirar el folio que tenía entre las manos. Ni siquiera podía deletrear las palabras. Algo había emborronado, seguía emborronando, las líneas del ensayo del doctor Brandon.